



www.loqueleo.com/co

Nieve y el misterio del abuelo

© Del texto y las ilustraciones: 2025, María Alejandra Bernal

© De esta edición:

2026, Distribuidora y Editora Richmond S.A.S.

Carrera 11 A # 98-50, oficina 501

Teléfono +57 60 1 3906950

Bogotá – Colombia

www.loqueleo.com/co

ISBN: 978-628-7889-19-4

Impreso en Colombia

Impreso por Asociación Editorial Buena Semilla

Primera edición: abril de 2026

Dirección de arte de la colección:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol Del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Dirección editorial: Ximena Godoy

Edición: María Alejandra Roa

Corrección de estilo: Fredy Ordóñez

Diagramación: Alexandra Romero Cortina

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

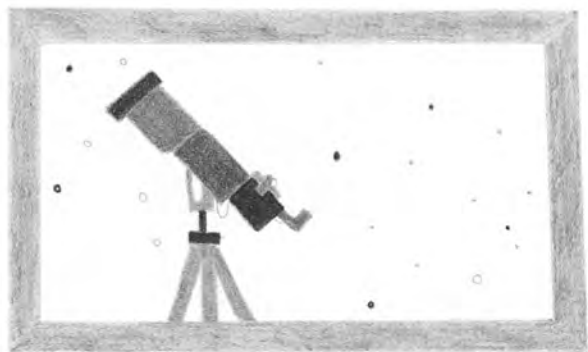
Nieve y el misterio del abuelo

María Alejandra Bernal

Ilustraciones de la autora



loqueleg



Vacaciones:

- Acampar en el lago
- Cometa

No olvidar:



Parte I

¿Doce días con el abuelo?



Visitar al abuelo no era la idea más emocionante del mundo. Nieve solía ir a su casa solo una vez al año con sus papás cuando la familia lo visitaba para celebrar su cumpleaños, pero nunca había estado sola con él.

Durante las visitas, el abuelo siempre parecía estar analizándolo todo a pesar de estar en su propia casa. Se ponía su monóculo y detallaba algún objeto que llevaba en el bolsillo de su abrigo como si nunca antes lo hubiera visto, olvidando a quienes estaban con él. En una ocasión Nieve lo vio observar lo que parecía la pluma de algún ave y, en otra, un libro tan pequeño que, para leerlo, utilizó una lupa. Ocasionalmente, escribía en una libreta lo que

parecía descubrir, pero Nieve nunca había alcanzado a leer, pues cuando trataba de acercarse la cerraba de inmediato.

8 Aunque no le daba miedo, su actitud no dejaba de parecerle extraña y, a pesar de que su papá le dijera que él siempre había sido así, ella no se acostumbraba a su semblante misterioso y solitario. La única vez que había hablado con él realmente fue en uno de sus cumpleaños, cuando se encontraron en la cocina buscando galletas de chocolate y descubrieron que compartían su afición por el dulce.

Además de eso, Nieve sentía que eran completamente diferentes. Por eso, cuando sus papás le dijeron que tendría que quedarse los siguientes doce días con él, se preocupó tanto que dejó caer los pancakes de su desayuno.

Antes de recibir esa noticia, el día había ido de acuerdo a lo planeado. Desde que se despertó, Nieve había estado contando los minutos para las vacaciones familiares; no podía esperar a que llegara la hora para irse de pesca

al lago en el que acamparía con sus papás dos semanas. Lo habían escogido estratégicamente para ver un cometa que había sido descubierto dos meses atrás y que pronto visitaría la tierra. Sus papás eran astrónomos prestigiosos y descubrir el mundo y el universo a su lado siempre había sido uno de sus planes favoritos.

La alegría, sin embargo, duró poco. Apenas se estaba preparando para desayunar, cuando sonó el teléfono. Su papá contestó y su semblante cambió de repente. Por su expresión, Nieve supo que algo inesperado había pasado. Minutos después colgó e hizo otra llamada. Al terminar habló con su mamá y le dijeron a Nieve que tendría que quedarse con el abuelo por unos días, pues ellos debían irse esa misma noche a un viaje de trabajo repentino. Al parecer, el astrónomo que representaría al país en el equipo encargado de analizar la órbita del cometa durante su paso se había enfermado y necesitaban a los mejores astrónomos para reemplazarlo, por lo que no podían faltar.

Nieve no pudo evitar la tristeza y la rabia que esa noticia le produjo. Los planes con los que llevaba soñando los últimos meses se habían derrumbado en segundos.

“¿Cambiar el campamento y el cometa por la casa del abuelo? Tiene que ser una broma”, pensó, mientras recogía sus pancakes del suelo.

10

Más tarde, con la cabeza apoyada en el hombro de su mamá, pensó en los lugares en los que podría haberse quedado en lugar de ir a casa de su abuelo. Si Ámely, su mejor amiga, no estuviera pasando las vacaciones en otro país con su familia, su casa habría sido su primera elección.

Se habían conocido el primer día de clases cuando Ámely, jugando a las escondidas, llegó a la casa del árbol del colegio, donde Nieve estaba investigando lo que ese lugar ocultaba: libros, algunos juegos y muchos objetos olvidados. Abandonando el juego, Ámely se sumó al plan de Nieve y hallaron una caja musical que tenía un carrusel que giraba mientras sonaba la música. Les gustó tanto que al día siguiente

decidieron volver y seguir buscando objetos que, con el tiempo, inspiraron cientos de historias que disfrutaban inventar.

Desde ese día las historias las envolvieron y llenaron sus días de aventuras, piratas y hadas, jardines mágicos, portales a otros mundos y mucho, mucho chocolate. Ya habían pasado seis años desde ese entonces, y la casa del árbol se había convertido en su punto de encuentro y, por supuesto, en su lugar favorito para contar historias. Era el lugar perfecto porque, además de los profesores que solían caminar cerca del árbol durante los descansos, pocas veces se habían encontrado con alguien más ahí. El único que iba de vez en cuando era Zev, el hermano mellizo de Ámely, cuando deseaba sumarse a sus historias.

Sin embargo, Ámely y Zev estaban ahora muy lejos. Nieve intentó convencer a sus papás para que la dejaran quedarse en otro lugar, cualquiera que no fuera la casa del abuelo, pero todos sus intentos fueron en vano. Ya no había

tiempo, debían irse esa noche y tenían que dejarla lo más pronto posible con él.

12 Con el corazón encogido y una mezcla de emociones que no podía explicar, Nieve se fue a su habitación. Le parecía muy extraño estar en su casa sola con él y además no solo un par de horas sino doce días. ¿De qué iban a hablar?, ¿qué haría mientras el abuelo se quedaba horas, horas y horas examinando algunos de sus objetos? Se tendría que llevar toda su habitación en su maleta si quería sobrevivir tanto tiempo con él, pero no tenía mucho tiempo para empacar, así que empezó por guardar objetos que consideraba esenciales.

Al lado de su cama había un baúl grande en el que guardaba sus objetos favoritos. De ahí sacó su maleta, que, además de ser verde oliva, tenía forma de hoja; su cámara instantánea; un libro sobre la mejor fábrica de chocolate del mundo, a la que desearía poder ir en ese momento; un cofre que siempre solía llevar consigo por si encontraba algo valioso y su kit

rápido para el frío: gorro, guantes y bufanda. Siempre que salía, Nieve llevaba sus implementos esenciales en su maleta de hoja, que no solía quitarse.

Después buscó en su escritorio y guardó su libreta, su cartuchera y su caja de esquelas para escribirle a Ámely, como habían acordado hacer antes de salir a vacaciones. También podría escribirles a sus papás, en caso de necesidad extrema. “Esto no sería necesario si pudiera ir con ellos”, pensó mientras se limpiaba las lágrimas.

Aunque cruzar el Atlántico para buscarlos sonaba emocionante, resultaba un tanto complejo para una niña de doce años, así que Nieve se aseguró de tomar nota de la dirección y el código postal del hotel en el que se iban a hospedar, por si tenía que enviarles algún mensaje y no podía usar el teléfono del abuelo, si es que tenía uno en su casa, claro.

A pesar de haber ido varias veces, la casa del abuelo seguía siendo un misterio para Nieve. Lo único que había visto era la cocina, la sala

y el jardín y, aunque parecía tener suficiente espacio para explorar, no era algo que hubiera deseado hacer hasta entonces. Las escaleras en espiral que estaban cerca de la entrada parecían no tener fin y cada vez se hacían más oscuras y aterradoras, por lo que Nieve jamás se había atrevido siquiera a pasar debajo de ellas.

14 Además, nunca había tenido la necesidad de hacerlo, pues las reuniones familiares se celebraban en el jardín, que era el único lugar que conocía lo suficientemente bien como para recrearlo detalladamente en su cabeza.

Pensar en el jardín le dio una idea, por lo que terminó de guardar rápidamente la caja y buscó en su estantería un libro que le habían regalado años atrás y, si su memoria no le fallaba, estaba relacionado con plantas. Aunque nunca lo había leído, recordaba haber visto entre sus páginas dibujos de muchas especies, con formas y colores tan detallados que con solo verlos se podían sentir cerca e, incluso, apreciar su aroma.